



Migración, exilio, derechos humanos, crisis política

DRAMAS CONVERTIDOS EN PELÍCULAS VENEZOLANAS

Alfonso Molina

Leer más



Con el triunfo de Trump

¿QUÉ OPCIONES HABRÁ SOBRE LA MESA?

Adolfo Salgueiro



Un recuento necesario

TRUMP, BIDEN Y VENEZUELA

Rafael de la Cruz

Leer más



Solo con pasaje de ida

VERÓNICA TAMBIÉN SE VA

Carolina Jaimes Branger

Leer más



Leer más

Migración, exilio, derechos humanos, crisis política

DRAMAS CONVERTIDOS EN PELÍCULAS VENEZOLANAS

Alfonso Molina



En los últimos años, un variado grupo de cineastas venezolanos ha enfrentado el reto de comprender e interpretar la crisis humanitaria compleja que vive su país, especialmente en los temas de la migración, el exilio y la violación de los derechos humanos.

Conforman una generación heterogénea donde coinciden realizadores con trayectoria como Carlos Malavé, Tuki Jencquel y Carlos Caridad Montero con las óperas primas de Diego Vicentini, Alexandra Henao, Héctor Torres, Abner Ramírez y Melissa Silva Franco. La mayoría de sus trabajos se trata de largometrajes y dos cortometrajes. Algunos se han estrenado en Venezuela, otros no. Abordan temas difíciles en tiempos complejos. Hay películas que no gustan en el sector oficial.

Si bien las expresiones más importantes del cine venezolano —a lo largo de su historia y especialmente a partir de *Cuando quiero llorar no lloro* (1972) de Mauricio Walerstein, hasta nuestros días— han tenido un importante carácter social y en algunos casos bastante político, son relativamente recientes las películas que abordan el tema de nuestra migración —la mayor del planeta, por encima de la de Siria y Ucrania, dos países en guerra— que ha dejado profundas huellas en la sociedad venezolana.

Allí están dos documentales que indagan en las razones que impulsaron la migración. *El país roto* (Venezuela y España, 2018) de la periodista Melissa Silva Franco, sobre el contexto social y político que marcó una ruptura importante, y *Está todo bien* (Venezuela y Alemania, 2018), de Tuki Jencquel, sobre la crisis de la salud en el país. Exponen los antecedentes de la diáspora.

Después de emigrar a Chile, Abner Ramírez emprendió la realización de *Lejos de casa: éxodo venezolano* (Venezuela y Chile. 2020) para mostrar las dificultades que deben enfrentar los miembros de la desbandada. Producida en Santiago, su ópera prima contó con la cooperación de artistas y técnicos chilenos y venezolanos. Se estrenó allá en marzo de 2020. No ha sido presentada en Venezuela.

Pero la migración no es solo sobre los que se marchan sino también sobre los que se quedan... aunque busquen también huir de la crisis. El experimentado realizador Carlos Daniel Malavé dio un notable giro en su filmografía para presentar *One way* (Venezuela, EEUU, Chile y Argentina, 2022), un contundente drama sobre la necesidad de marcharse del país sin boleto de vuelta. Con el excelente protagonismo de Daniela Alvarado y Joaquín Malavé,



como una madre que intenta sobrevivir a la crisis económica y su pequeño hijo que trata de ayudarla en todo. Esa relación afectiva constituye la fuerza medular del film, premiado en varios festivales internacionales, con el trasfondo de un conflicto social.

Otro realizador de trayectoria, Carlos Caridad Montero, formuló su visión sobre los cambios políticos y sociales que han ocurrido en el país durante los últimos 25 años bajo el título de *Hijos de la revolución* (Venezuela, 2023). Al mismo tiempo explora las consecuencias emocionales, familiares, económicas y sociales del éxodo venezolano.

La reconocida directora de fotografía Alexandra Henao presentó su primer film como realizadora, *Mi tía Gilma* (Perú, Brasil y Venezuela, 2023), un drama sobre Isabel, una niña de 13 años, que cuida a su tía Gilma, quien fue internada en un hospital de Caracas después de ser golpeada por su pareja. En medio del caos que las rodea, Isabel hará cualquier cosa para salvar a su tía y cumplir una promesa. Marcharse es una opción.

El debutante Diego Vicentini estrenó *Simón* (Venezuela y EEUU, 2023), una de las películas más aplaudidas de los últimos años, que introduce el tema de las protestas políticas de la década pasada, la tortura de los jóvenes luchadores y la vida de los exiliados fuera de Venezuela. No solo plantea la confrontación en las calles sino también un dilema ético y moral. Ganó múltiples premios.

Un trabajo muy particular se encuentra en *Caminos a ninguna parte* (Venezuela, 2023), primer film del escritor Héctor Torres, con producción del grupo La Vida de Nos. Se trata de un documental de animación que expone seis historias de venezolanos migrantes, que muestran algunas de las aristas más duras de una situación que afecta no solo a los millones de venezolanos que han partido, sino a su entorno cercano.

Carlos Alberto Fung e Ingar Lieber García realizaron *Relatos del exilio* (Venezuela y EEUU, 2023) para contar cuatro historias de venezolanos que emigraron a Chile, Colombia, Estados Unidos y México. Expone sus obstáculos enfrentados pero también la decisión de superarlos.

Otro film muy curioso es *Historia de migrantes* (Venezuela, 2024), un cortometraje producido por el grupo Un Mundo Sin Mordaza, sin revelar el nombre del director, y concebido para revelar las duras realidades de millones de personas que dejaron su hogar por supervivencia. Se puede ver en el canal de YouTube de Un Mundo sin Mordaza.

La mayoría de estos cineastas vive fuera de Venezuela, pero la conserva en sus mentes y expectativas. Se trata de una nueva expresión de la resistencia cultural.

Con el triunfo de Trump

¿QUÉ OPCIONES HABRÁ SOBRE LA MESA?

Adolfo Salgueiro



Por fin se realizó la elección presidencial en Estados Unidos. Un resultado que se presagiaba “de fotografía” resultó en el triunfo rotundo de Mr. Trump, quien no solo obtuvo y superó el número de electores para ser declarado vencedor a la luz del obsoleto pero constitucional sistema electoral de Estados Unidos, sino que también consiguió un amplio respaldo en el voto popular total, lo cual lo hace definitivamente inobjetable. Recordemos que en el año 2000 el presidente Bush (h) ganó el colegio electoral habiendo obtenido menos votos populares que Al Gore y en 2016 ocurrió lo mismo con Hillary Clinton, quien también superó a Trump en voto popular, pero no dentro del esquema constitucional de electores. Gusten o no esas son las reglas del juego y no hay un arrastrado Elvis Amoroso para desconocerlas, ni un Tribunal Supremo de Justicia para avalar un despojo.

La trascendencia de esta elección y su resultado generó interés mundial toda vez que no solo a nivel interno sino planetario abre espacio a conjeturas y especulaciones acerca del rumbo que pudiera tomar la nueva administración (después del 20 de enero) tanto en la política interna como en la exterior.

Comenzaremos comentando algunas cifras que no recibieron la relevancia trascendente al momento de la consideración individual del voto de cada ciudadano. Entre ellas, por ejemplo, la deuda pública interna comparada entre distintas administraciones recientes. Trump empezó en 2016 con 19,9 billones de dólares (en inglés estadounidense ellos traducen como trillones) y finalizó con 27,8 billones como consecuencia, entre otras, de la epidemia de Covid-19 y el entonces muy festejado logro de la disminución de impuestos que, al final, favoreció preferentemente a los ricos. Bill Clinton inició su período en 1993 con 5,7 billones de deuda interna y dejó el cargo en enero de 2001 con dicha deuda reducida a 4,2 billones de dólares, luego de haber logrado superávit presupuestario durante sus últimos 2 años de gestión, última vez que ello ocurrió en Estados Unidos. La presidencia de Biden, que inició con una deuda pública de 27 billones, la sitúa hoy en la estratosférica cifra de 36 billones justificando su incremento en las consecuencias del Covid-19 y la aprobación e implementación de la Ley de Infraestructura, con la cual ciertamente se está renovando la planta física del país (carreteras, puentes, diques, etcétera), algo similar a lo que hizo el entonces presidente Eisenhower en la década de los cincuenta y que aún sostiene el desarrollo del país. Lo anterior, junto con el fenómeno inflacionario —que fue y es mundial— en su momento permitió hacer menos severa la crisis del Covid-19 y generar luego un incremento no despreciable en la actividad económica que —para su desgracia— no se correspondió con la realidad comprobable en el supermercado, donde los precios desafiaron y desafían cualquier explicación de los economistas, pero que sí influyeron decididamente en la percepción popular a la hora de emitir el voto castigo.

Además, Biden muy poco contó con el apoyo y colaboración del Congreso, que en la mayoría

de los casos, por razones políticas, obstruyó muchas de sus iniciativas. No hay más que anotar el proyecto convenido en forma bipartidista este mismo año 2024 para endurecer las leyes de inmigración, el cual por intenciones no negadas de Trump fue rechazado de plano por los legisladores republicanos, dando lugar a la persistencia de la tremenda e incontenible crisis migratoria, que fue uno de los principales argumentos de la campaña republicana. Sin pretensión de haber agotado el tema interno pasaremos al internacional con algunas pinceladas de lo que pudiera esperarse en ese campo.

1) Incremento del aislacionismo que ha caracterizado muchos períodos de la política exterior norteamericana. El eslogan *America First* rescata un entendible anhelo nacionalista, pero también conlleva aspectos negativos, teniendo en cuenta su efecto en el liderazgo de Estados Unidos en el mundo, especialmente si tomamos en cuenta la política expansionista de Rusia y los desafíos del Medio Oriente, Israel, Irán, Norcorea y América Latina, cuyos efectos no solo repercuten en cada área, sino que afectan el equilibrio global.

2) Como consecuencia de lo anterior, Trump ha anunciado su enfoque crítico hacia la OTAN, el cual ya había adelantado en su primera administración sustentándolo en la falta de equidad en la contribución económica para la defensa común que deja a Estados Unidos el pago de la mayor parte de la cuenta. Ello le ha permitido a Trump afirmar que, si Europa no paga lo justo, Estados Unidos no acudirá a su defensa en caso de ataque por Rusia u otro enemigo... Esta afirmación es peligrosa porque constituye un incentivo a los planes expansionistas de Putin, quien se verá menos amenazado.

3) Como consecuencia de lo anterior y auscultando el ambiente que prevalecerá en el Congreso, con ambas cámaras a favor del presidente Trump, lo primero que irá a ocurrir será el cese de la ayuda económica y militar a Ucrania, con la inevitable consecuencia de que ese país perderá la guerra y con ella las áreas geográficas orientales ya ocupadas por Rusia. Tal desenlace no haría sino acelerar la idea que ya ha asomado Putin, que es la de incursionar en Moldavia (límitrofe con Ucrania), donde él cree que pudiera generar condiciones internas para intentarlo. De allí en más solo Dios sabrá.

4) En lo continental es donde existe la mayor incertidumbre acerca de cuál pudiera ser la política de la nueva administración. La historia nos revela que Estados Unidos no considera ni ha considerado nunca a América Latina como prioridad pese a haberlo anunciado varias veces (Alianza para el Progreso, Plan Colombia, etcétera.).

El único frente al cual Trump pudiera tener en cuenta en América Latina es México que, por su posición geográfica, intercambio comercial, lazos históricos y hasta demográficos es difícil de ignorar, tanto más cuanto la actual presidenta, Claudia Scheinbaum, ya ha dado muestras de su actitud confrontacional con Estados Unidos que —según afirma— refleja el sentir de la mayoría de la opinión pública de su país.

Con Venezuela solo podemos hacer especulaciones acerca de si la nueva administración pondrá cara fea a la dictadura de Maduro o si, por el contrario, se acomodará a una convivencia pragmática. Pronto lo sabremos según la actitud que tome respecto del reconocimiento de Edmundo González Urrutia como presidente electo y eventualmente como presidente de Venezuela, como en su momento lo hizo el mismo Trump con Guaidó, quien no venía avalado por ocho millones de votos como es el caso de González Urrutia.

Recordemos la famosa frase “todas las opciones están sobre la mesa” pronunciada por el entonces presidente Trump en Miami en septiembre de 2018. Terminó su mandato en 2021 sin que ninguna de dichas opciones hubiera visto la luz de la acción. Por eso es preciso tanto ahora como lo fue antes tener en cuenta que cualquier determinación que tome un presidente de Estados Unidos será pensando en el interés de su país, no en el de la democracia venezolana. Lo ideal es que ambos intereses sean coincidentes, que no siempre lo son como desgraciadamente lo ha demostrado la administración Biden a lo largo de su mandato.

Naturalmente, en el breve espacio de un artículo de prensa no se puede sino abordar algunos argumentos que a primera vista lucen importantes. Esperamos en próximas entregas, cuando haya mayores elementos de juicio, comentar sobre el particular.

apsalgueiro1@gmail.com

Adolfo Salgueiro es abogado, internacionalista y académico de origen argentino y de dilatada carrera en Venezuela. Forma parte del comando de campaña de María Corina Machado y Edmundo González Urrutia.

Un recuento necesario

TRUMP, BIDEN Y VENEZUELA

Rafael de la Cruz



Desde Washington. La impresionante victoria de Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos el 5 de noviembre presagia cambios significativos de la política norteamericana, con repercusiones globales. El triunfo del Partido Republicano, que ahora controlará el Senado, y probablemente también la Cámara de Representantes, refuerza la posibilidad de cambios en la política de este país.

En lo que respecta a Venezuela, el primer gobierno de Trump aplicó sanciones personales y económicas al régimen de Maduro, al no aceptarlo como presidente por la manipulación fraudulenta de las elecciones de 2018. A su vez, Estados Unidos y más de cincuenta naciones democráticas reconocieron a Juan Guaidó como presidente interino designado por la Asamblea Nacional de 2015. ante la ausencia de un presidente debidamente electo, siguiendo el orden constitucional. Trump mismo declaró que mantenía todas las opciones abiertas para apoyar al gobierno interino, lo que llevó a muchos a especular sobre una posible acción armada para derrocar al régimen usurpador en Venezuela. El resultado de esta situación de doble poder, después de muchas volteretas, terminó con el presidente interino destituido en enero de 2023 por la propia Asamblea Nacional en el exilio, y la permanencia de Maduro y el régimen. Un par de años antes Biden había sido elegido presidente y abrió un nuevo capítulo en la política de Estados Unidos con Venezuela.

El gobierno de Biden decidió mantener las sanciones, pero buscó negociar con Maduro un acuerdo que facilitara nuevas elecciones presidenciales en Venezuela. La larga serie de encuentros que terminaron en el acuerdo de Barbados de 2023 es el resultado más notable del actual gobierno norteamericano en lo que respecta a Venezuela. Para lograrlo, la administración relajó la aplicación de sanciones económicas, liberó a los narco-sobrinos y a un confidente y socio de negocios de Maduro y su esposa, a cambio de algunos rehenes americanos y venezolanos encarcelados por el régimen.

Entre tanto, en paralelo, la oposición se encaminó contra viento y marea a unas elecciones primarias con una participación masiva, donde María Corina Machado resultó electa como candidata presidencial y líder del movimiento democrático con más de 92% de los votos. El acuerdo de Barbados fue desconocido por Maduro y de inmediato empezó a obstaculizar las elecciones presidenciales con todo tipo de trampas e ilegalidades, entre las cuales la más notoria fue impedir que María Corina misma pudiese presentarse como candidata presidencial. A pesar de todos los obstáculos la oposición liderada por María Corina logró la elección de Edmundo González Urrutia por un margen de 67% a 30%. Si las elecciones hubieran sido realmente justas y limpias, y hubiéramos podido votar los cinco millones de venezolanos a los que no se nos permitió, el voto por María Corina y Edmundo hubiera llegado a 90%. La oposición no solo ganó las elecciones, también pudo demostrar el triunfo



con actas en la mano, convirtiendo a Edmundo González Urrutia en el presidente electo de Venezuela. La reacción de Maduro fue simplemente mentir, declararse ganador a través de las caricaturas de instituciones que están totalmente sometidas al régimen, y desatar la ola represiva más violenta conocida en Venezuela. El país y el mundo democrático han rechazado y condenado el golpe de Estado contra la voluntad popular que pretende Maduro y su régimen.

Estas son las circunstancias en el momento de la elección del presidente Trump. El cambio de gobierno en Venezuela se debe dar el 10 de enero de 2025 si nos atenemos a lo previsto por la constitución. La Administración Biden sigue hasta el 20 de enero de 2025, cuando entregará a Trump. Pero no hay duda de que, ya electo un nuevo presidente de los Estados Unidos, lo que haga el gobierno de Biden puede ser influido por el nuevo gobierno *in waiting*.

Debe quedar claro que el problema de Venezuela lo vamos a resolver los venezolanos. Es nuestra responsabilidad, y para esto contamos con la fuerza de toda una nación hastiada de la irresponsabilidad, ineptitud y carácter criminal del régimen. Pero igual que la independencia de Venezuela y de buena parte de América del Sur fue apoyada por una alianza con Inglaterra, y la independencia de los Estados Unidos fue apoyada por Francia; así Venezuela aspira al apoyo de los Estados Unidos y de los países democráticos de la región y del mundo para salir de este régimen de mafiosos.

¿Qué se puede esperar de la Administración Biden y del presidente electo Trump en las semanas que quedan hasta el 10 de enero? Ya zanjado el resultado electoral el martes pasado, ambos tienen mayor libertad para definir junto con el movimiento democrático, liderado por María Corina, un curso de acción que ponga contra las cuerdas de manera definitiva al régimen. El 10 de enero es la fecha de caducidad de Maduro. No hay que esperar ninguna invasión militar de parte de nadie. La manera en que este régimen va a salir depende de la voluntad de los venezolanos y del apoyo de nuestros aliados internacionales. Y ese cambio vendrá por el hecho de que tenemos un presidente electo y una líder del país con toda la legitimidad que solo el pueblo puede conceder. El apoyo internacional vendrá por la confluencia de intereses nacionales de nuestros aliados con los que tenemos como nación. Estamos decididos a reinstaurar la democracia y hacer de Venezuela un país próspero claramente alineado con las naciones libres del hemisferio y del planeta. Vamos a liberar al país de aquellos intereses foráneos contrarios a la democracia y a la economía de mercado. Vamos a convertir a Venezuela nuevamente en una potencia energética confiable para el mundo. Y, sobre todo, los venezolanos vamos a recuperar la dignidad que ha pretendido robar un grupúsculo de malandros que ya no tienen otra oportunidad. No han querido negociar una transición ordenada y pacífica. Ahora les toca irse.

Rafael de la Cruz, economista venezolano, fue Gerente General para la Región Andina del Banco Interamericano para el Desarrollo. Actualmente forma parte del Comando de Campaña de María Corina Machado y Edmundo González.

Solo con pasaje de ida

VERÓNICA TAMBIÉN SE VA

Carolina Jaimes Branger



Cada día llegan a mi WhatsApp más y más mensajes de ventas de apartamentos, casas y objetos y enseres acumulados a lo largo de toda una vida de trabajo y sacrificios, en la mayoría de los casos. Son tantas que terminan rematando todo a precios irrisorios... Hay una nueva oleada de la diáspora, producida por el desconocimiento del resultado de las elecciones presidenciales de julio.

En 2015 escribí un artículo para *El Estímulo* que se volvió viral. Era la primera oleada importante en el número de personas que se marchaban. Ya antes se había ido gente. Pero 2015 fue el primer año de la diáspora en cantidades que jamás hubiéramos pensado. Comparto con ustedes ese artículo, porque es el mismo dolor de hace nueve años. ¡Pobre del país del que se van sus jóvenes!

Se llama Verónica, pero podría llamarse Ana, Luisa, Javier, Andrés. Verónica se va de Venezuela. Va a engrosar la lista de emigrantes venezolanos, como ya se ha hecho usual.

Verónica se va de Venezuela. Ella es una profesional estupenda. Y además es docente. ¡Se están yendo nuestros docentes buenos! Está en sus tempranos cuarenta, la edad más productiva. Llegará a otro país a sembrar lo que aquí no pudo sembrar, a cosechar lo que merece cosechar porque se lo gana honestamente, no como el régimen quiere hacer ver, que lo que alguien tiene es porque se lo quitó a otro. En el país donde va no hay esos complejos ni resentimientos. La gente trabaja duro y su esfuerzo se ve recompensado. Y ya no tendrá que preocuparse de que los puedan secuestrar, ni vivir con la rabia y la impotencia de estar bajándose de la mula con cada inspector de los organismos públicos que les llega a fiscalizar el negocio de su marido.

Verónica se va de Venezuela. Sus hijos se adaptarán al nuevo país, cantarán otro himno en la escuela y tendrán otras costumbres. Y aunque Vero empacó su bandera tricolor con estrellas, cada vez les será más ajena. Venezuela será una vaga referencia en sus vidas, unas hallacas en diciembre, unas arepas en los desayunos de los sábados, un sobresalto en el estómago de sus padres cuando llegan las noticias.

Verónica se va de Venezuela. Se cansó de luchar, se cansó de tanta mediocridad, se cansó de sentirse culpable por tener un modo de vida cómodo, se cansó de esperar que las cosas cambien. Y es que aun cuando haya un cambio de gobierno, Verónica se convenció de que tomará mucho tiempo acabar con la crisis de valores que nos arropa.

Verónica se va de Venezuela. Hará suya una historia ajena, aquella que conoció de tantos inmigrantes que vinieron cuando Venezuela era un país adonde la gente llegaba, no de donde la gente se iba.

Se va Verónica y con ella se va una familia sana, productiva y trabajadora. Dejará a su mamá con cuatro puestos menos en la mesa de los domingos y a sus hijos sin la alegría que significa tener abuelos.

Se va Verónica. Ya algunas de sus amigas se han ido. Han cambiado el café y la conversa rica por sesiones de Skype en grupo, para no sentirse que están tan lejos, que no están tan solas,



que no son tan forasteras.

Verónica se va de Venezuela. Y con ella se va un pedacito de país. Del país que se niega a morir, pero del que se muere una parte cada vez que alguien se va. Como tantos otros emigrantes, dejará enterrado su corazón aquí, porque el corazón se queda donde uno nació, donde dio sus primeros pasos, donde se aprendió a leer, donde ocurrió el primer enamoramiento, donde se dio el primer beso.

Verónica se va de Venezuela. Cambiará aguinaldos por villancicos de otras regiones. Asistirá a otras fiestas, pero ya no serán las fiestas de las panas, de esos que no necesitan explicaciones, porque conocen todo y entienden todo.

Verónica se va de Venezuela. Con pasaje de ida y sin pasaje de vuelta. No quiere regresar para tener que volver a despedirse, porque los venezolanos no sabemos cómo despedirnos. Si hasta lo dice un maravilloso joropo: “por si acaso yo no vuelvo, me despido a la llanera... despedirme no quisiera, porque no encuentro manera”.

@cjaimesb

Podcast

DIÁLOGOS CON COMPROMISO



DERECHOS POLÍTICOS DE LOS VENEZOLANOS
EN EL EXTRANJERO

ESCUCHAR AQUÍ

